

(39)

SAMURAI

O

EL DRAMA DEL SENTIMIENTO

ACTO I

Seminario Multidisciplinario
José Emilio González
SMJEG
Facultad de Humanidades
UPR-PR

ESCLAVO, SAMURAI.

El telón descubre una bahía con la blancura del Fuji-Yama iluminado por la luna.

SAMURAI. __ Suciedad, suciedad, te castigo.

ESCLAVO.-- ¡Gracias, monseñor!

SAMURAI.-- No hay monseñor. Vas a morir a menos que de aquí a entonces el sentimiento que estoy convocando aparezca en tí! El sentimiento, ¿oyes?, el sentimiento, esa cosa que no puede satisfacernos y ante la cual la vida de un ser humano deja de tener fin.

Empieza de nuevo a golpearla.

Pero, se eleva de la nieve una música muy real, muy humana, como una nueva realidad e, insensiblemente, los movimientos del alma del Samurai se adaptan a los movimientos de la música se produce una especie de cambio insensible, una metamorfosis o, mejor, una transformación de la acción de pegar en acción de acariciar y, después, de rezar.

Suena un clarín, primero suena un clarín.

Es el aparato de las siete que desencadena el sueño y el sentimiento. Samurai no debe estar consciente, reflexionar sobre sí mismo, es pura literatura. Basta con recitar para explicar sus sentimientos.

Samurai va volviendo poco a poco a sí mismo.

VA A SONAR CON UN SUEÑO QUE ES DIFERENTE DEL DE DORMIR - MIRA EL DESEO INTERIORIZADO-. Música y toque de clarín. Nuevo toque de clarín. Sonido de gong. Cambia la luz. Poco a poco ruidos de voces se acumulan y localizan en varios puntos. Y aparecen grandes hombres importantes e hinchados que suben los escalones del teatro aparecen por delante del escenario y desaparecen por el fondo.

PRECEPTOR. A la caída de la primera gota de la luna, Samurai entra en el sueño. El largo invierno de la espera rompe sus cristales, por fin, en torno a la irrupción de su deseo. Estalla como el volcán que lanza llamas. Pero el esfuerzo fue demasiado largo para su alma y la misma fuerza que lo arroja a la vida, lo arroja al mismo tiempo más allá de la vida. A partir de ese momento, se asiste a sí mismo. Asiste a la emanación de su deseo, como el hombre que sueña:

MUSICA.- Un gran resplandor ardiente se enciende en el fondo. En una especie de procesión solemne pasan la Reina primero, después la Hija.

SAMURAI.- El largo amor tan dulce se estira en mi mano. Ahí está la Reina y detrás las criadas, y la Hija, ese fruto del árbol de mi raza que llena el cielo de las generaciones.

Se vuelven a oír los clarines a lo lejos con una algarabía aérea de los ministros. Aparece una máscara en las perchas.

MASCARA.- Oh, mago, ahí están los reyes de Ultramar. Hemos dado órdenes a

1306553

Los clarines de audiencia. La Reina ha ocupado su lugar en el rellano.

Nuevo ruido de marcha. Música.

UNA VOZ INVISIBLE. -- El Rey.

Se produce un gran silencio y Samurai sube los escalones del escenario y avanza como si él mismo fuese el Rey. El preceptor lo mira, cada vez más inquieto. En ese momento aparece en el fondo y como a continuación del silencio el más inverosímil fantoche de rey en medio de una parodia de solemnidad, con un traje de una suntuosidad exagerada.

Samurai retrocede, retrocede, lanza un grito profundo y se queda inmóvil, petrificado.

PRECEPTOR.-Hijo mío, vuelva en sí, hijo mío.

SAMURAI.- ¡Atrás!

PRECEPTOR.-Está usted teniendo un mal sueño.

SAMURAI.- Que le machaquen el cráneo, que le machaquen el cráneo. Adúltero. Usurpador.

Lentamente todos los Ministros de antes vuelven a aparecer empujados por todos lados. El Samurai saca su sable. Vuelven todos a su agujero.

PRECEPTOR.-Pero, vamos a ver, explíqueme el furor...

SAMURAI.- Deseo...

PRECEPTOR.-¿Qué? ¿el amor?

SAMURAI (lo abofetea). -No, la escasez de las cosas. ¡Vete!

PRECEPTOR._ Petrificado. -¡Ah! Nuevo, rebote, siempre me desconcierta.

Se vuelve a alzar el telón. Desaparece.

E inmediatamente después baja la luz. Se oye como el gotear de la lluvia, Samurai se frota las manos. Tiene la actitud de un magnetizador que va a hacer intentar un experimento. Vuelve a aparecer el Preceptor más grueso. Lleva una máscara. Sigue siendo la máscara del Preceptor, ¿aplicada a qué? Su vestido es muy amplio. Parece más pequeño.

SAMURAI.- Ven aquí.

UNA VOZ DE MUJER, bajo la máscara. -Tómame.

Se inclina hacia atrás. Samurai saca de debajo del vestido un brazo de mujer.

SAMURAI._ Bajo los efectos del encanto. -Bueno.

Y poco a poco la forma del rey fantoche se va precisando en la oscuridad.

EL REY FANTOCHE.- ¡No!

SAMURAI.- retirándose hacia atrás. -¡Ah!

Está a punto de precipitarse. La mujer ofrece una mano. Desaparece el fantoche.

Se vuelve a alzar el telón a oscuras. Se encienden las luces. El Samurai se restriega los ojos. Cae el Telón.

ACTO II

EL PRECEPTOR, saliendo al escenario. Actitud de derviche. Con el brazo hacia el cielo.

PRECEPTOR.-Exceso, extrema el centro de los deseos. Voluptuosidad intensa. Cúmulo.

Confieso la confusión del relato. (Esto al público). Y, sin embargo, noten la unión entre las cosas. Estamos en un gran palacio. Pompa. Audiencia. Ministros. Aparato. Majestad. ¡Criada! Este, como he dicho, desea. Deseo. Confusión de las imágenes. Agitación del espíritu. El interior y el exterior.

En ese caos confuso el sentimiento se elucida. Vean.

EL PRECEPTOR se pone de perfil, volviendo poco a poco a sí mismo. Música lenta.

SAMURAI está a la derecha.

Ligero como un soplo, llega otro preceptor y se coloca delante del primero. Samurai tiende los brazos y avanza. Con infinitas precauciones y audacias se quita la máscara. Aparece la Reina.

SAMURAI.- ¡Criada!

La música se detiene.

La Reina desaparece. El Samurai da un paso. Se reanuda la música.

Todo esto delante del telón.

Y, bruscamente, el preceptor número dos vuelve para arrojar en los brazos del Samurai. Silencio. El Samurai retrocede. Después, precipitándose de un salto hacia él acuesta en el suelo al falso preceptor. Cae su máscara. Es la Hija.

¡Ah! ¡que salga algo de tí!

Sus dos cuerpos ruedan delante del telón. Noche. Desaparecen.

PRECEPTOR, Pen la sombra.- Aquí está el nudo del sueño. La cima. Cuando la fiera monstruosa de los sueños ha mezclado todos los hilos. Se ha arrojado ahí como el jabalí legendario. El jabalí de la antigua vieja fortaleza.

La música se hace estridente.

Ved, el ritmo se está acelerando. Ya no es el amante de su madre. Es el esposo de su hermana que el sueño ha convertido en su hija. Toca en la confluencia de sus deseos. Escuchadle.

SAMURAI, tras el telón:

Aquí está el círculo, aquí está el amor
Cuando la tierra ha dado su vuelta,

Un lento gozo quema mis médulas.
Gira, gira como un zafiro
De firmamento reventando de estrellas
hasta esta hora matinal
En que se agota el viejo deseo.

Se vuelve a encender la luz delante del telón.

PRECEPTOR.- ¿a qué se reduce ese sueño, ese hermoso sueño? Como todos los sueños, a esto, a esta larva.

Muestra una muñeca rota con los miembros colgando que ha sacado de su manga.

TELON

ACTO III

Se alza el telón y aparece el Fuji-Yama.

SAMURAI.- Los dioses me han perseguido, los dioses me han separado de mis guerreros, han soplado sus ráfagas de cigüeñas frías. Todos mis hermanos han caído, han soplado en las cavernas de mi cerebro sus ráfagas de gavilanes fríos. Mueran los dioses que persigue este Samurai loco a través de las emanaciones de las nieves y de los demonios aullantes de las tempestades y de los fríos vientos.

Se ve sucesivamente a la Reina, a la Criada, a la Hija pasar como espectros y hacer en torno al Samurai una especie de círculo encantado que detiene sus movimientos. Se oyen clarines de batalla.

PERCEPTOR.- Se lleva a la boca el clarín de la guerra, es preciso que utilice su espada. Complicación.

Estridentes llamadas de clarín surcan el aire.

Ha olfateado el viento de la guerra. Va a realizarse completamente.

SAMURAI, detenido en medio del escenario y declarando.- Pero para la Hija, después de este combate desenfundado y en el que todos los dioses se mezclaron, después, cuando todos los caballeros fueron enterrados, quedé cogido en el torbellino de las cigüeñas del Fuji-Yama, un vino más bello que un líquido sol se ramificaba en mis venas, en una nube ensangrentada por el combate. Aquí fue donde encontré el hijo de mi hija.

PRECEPTOR.- Y ¿a qué se reduce este sueño, este hermoso sueño? a esto, a esta lava.

Muestra una muñeca rota con los miembros colgando que saca de su manga y arroja al suelo, y Samurai vuelve los ojos hacia él.

TELON

ACTO IV

Delante del telón, LA REINA, la PRINCESA.

LA REINA.- ¿Qué hace ese [guerrero], nuestro hijo, vuestro hermano, está loco. Insulta al Rey su padre y a los embajadores de los países

aliados que tenían audiencia y me trae mi antigua muñeca que ha encontrado en la nieve.

LA HIJA.- Una larga luz gira con sus miradas. Lo amaría /con amor/ si no fuese de nuestra sangre.

Desaparece por la izquierda. Llega Samurai.

SAMURAI.- Aquí estoy, después de haber mentido a los prudentes. Ninguna mentira me ha curado mi corazón está poseído por la misma criada. Sigo tendiendo mis dedos hacia ese largo deseo de mi corazón: e el amor.

PRECEPTOR.- (Está llegando) el amor.

Ahí tenéis, detrás de la tienda, el parloteo animado de las criadas, el hombre las posee, a pesar de todo. Todo reside en la elección, la elección es producto del azar: el alma.

Y, cuando pronuncia esta última palabra, llega la Criada (la esclava del primer acto) trayendo un plato.

SAMURAI.- ¡Ah! esta vez no te me escaparás.

Se persiguen durante largo tiempo por el escenario, como a través de los meandros reales. Y, de repente, aparece el Rey fantoche. Lleva una máscara de beatitud inconsciente y anda con las dos palmas de las manos abiertas y vueltas hacia el cielo. Sobre la palma de su mano derecha descansa un puñal de paja.

PERCEPTOR.- Aquí está el deseo más secreto, la persecución profunda. Su padre, a él era a quién buscaba. El obstáculo humano que lo separa del deseo más secreto.

Samurai coge su sable con las dos manos y lo levanta sobre la cabeza del Rey.

Y de repente el Rey fantoche cae.

Samurai se abalanza y se hunde en el telón que se alza de un golpe delante de él, descubriendo la sala del trono con la reina sentada en el centro y esperando.

Y aparece la Criada procedente del subsuelo del escenario y se desploma.

CRIADA.- Es cierto, Señora, yo amaba al primer escudero, me sorprendió, me quiso matar, gracia para mí Señora. Si pudiese, yo también lo mataría.

Entonces el Samurai deja caer su sable y se pone de rodillas. Le quita su máscara que, con sus piezas añadidas le daba la expresión feroz de un viejo. Samurai y su rostro aparece increíblemente joven.

FIN

2 de octubre de 1979

brr

Seminario Multidisciplinario
José Emilio González

SMJEG

Facultad de Humanidades
UPR-RF

1306553